

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de primavera del 2026**

**TEMA GENERAL:
LOS PUNTOS CRUCIALES DE LA VERDAD EN LAS EPÍSTOLAS DE PABLO:
1 Y 2 TESALONICENSES**

Mensaje diez

**La santificación divina para la filiación divina:
el pensamiento central de la revelación hallada en el Nuevo Testamento**

Lectura bíblica: Ef. 1:4-5; 5:26-27; He. 2:10-11; 1 Ts. 5:23

- I. Las transformaciones más maravillosas, excelentes, misteriosas y todo-inclusivas que experimentó el Dios Triuno y eterno al llegar a ser hombre son el mover de Dios en el hombre para la realización de Su economía eterna—Jn. 1:14, 29; 3:14; 12:24; Hch. 13:33; 1 P. 1:3; 1 Co. 15:45; Hch. 2:36; 5:31; He. 4:14; 9:15; 7:22; 8:2:**
- A. Estas transformaciones son los procesos por los cuales pasó el Dios Triuno al llegar a ser un Dios-hombre, con lo cual introdujo la divinidad en la humanidad y mezcló la divinidad con la humanidad como prototipo para la reproducción en serie de muchos Dios-hombres; Él llegó a ser la corporificación del Dios Triuno, con lo cual trajo Dios al hombre e hizo que Dios pudiera ser contactado, tocado, recibido, experimentado, Aquel en quien se puede entrar y Aquel que se puede disfrutar—Jn. 1:14; 12:24; Col. 2:9.
- B. Dios habla sobre estas transformaciones en Oseas 11:4 al decir: “Con cuerdas de hombre los atraje, / con lazos de amor”; la expresión *con cuerdas de hombre [...], con lazos de amor* indica que Dios nos ama con Su amor divino no en el nivel correspondiente a la divinidad, sino en el nivel correspondiente a la humanidad; el amor de Dios es divino, pero llega hasta nosotros mediante cuerdas de hombre, esto es, mediante la humanidad de Cristo:
1. Las cuerdas (las transformaciones, los procesos) mediante las cuales Dios nos atrae incluyen la encarnación de Cristo, Su vivir humano, Su crucifixión, Su resurrección y Su ascensión; es por medio de todos estos pasos dados por Cristo en Su humanidad que el amor de Dios manifestado en Su salvación llega hasta nosotros—Jer. 31:3; Jn. 3:14, 16; 6:44; 12:32; Ro. 5:5, 8; 1 Jn. 4:8-10, 16, 19.
 2. Aparte de Cristo, el amor imperecedero de Dios, Su amor inalterable que nos subyuga, no podría ser prevaleciente con respecto a nosotros; el amor inalterable de Dios es prevaleciente debido a que es un amor en Cristo, con Cristo, por Cristo y para Cristo.
 3. Pese a nuestros fracasos y errores, el amor de Dios siempre es victorioso; el amor sobrevive a todo y mantiene su posición para siempre; sólo el amor es característico de un hombre maduro y perdurará por la eternidad—Ro. 8:35-39; 1 Co. 13:8-11; Jer. 31:3.
- C. Desde tiempos antiguos, desde los días de la eternidad, el Dios Triuno se preparaba para salir de la eternidad entrando en el tiempo, para introducirse con Su divinidad en la humanidad al nacer como hombre en Belén—Mi. 5:2:

1. El propósito de la encarnación fue introducir a Dios en el hombre y hacer que Dios llegue a ser hombre para que el hombre llegue a ser Dios en Su vida y en Su naturaleza, mas no en Su Deidad; Él es el Dios único que las personas deben adorar en Su Deidad, pero nosotros somos Dios sólo en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad.
2. El mover de Dios es realizado en el hombre y por medio del hombre para deificar al hombre, con lo cual hace al hombre Dios en vida, en naturaleza, en función y en expresión pero, por supuesto, no en la Deidad; debido a que “el Espíritu el Santo” ha sido impartido en nuestro espíritu, nosotros y el Espíritu somos un solo espíritu (Ro. 8:16; 1 Co. 6:17), y nuestro espíritu ahora es “un espíritu santo” (2 Co. 6:6).
3. Por tanto, por ser Dios-hombres, no deberíamos emprender ninguna acción, enfrentar ninguna situación ni satisfacer ninguna necesidad separados del Espíritu todo-inclusivo; el camino que debemos tomar hoy en día es el camino en el que nos movemos en el mover del Espíritu y tenemos el mover del Espíritu en nuestro mover—Ap. 22:17a; Ro. 8:4; Gá. 5:25; Ro. 1:9; Fil. 3:3; cfr. Ez. 1:15-21.
4. En el libro de Hechos el hombre se movía en el mover de Dios, y Dios se movía en el mover del hombre; por tanto, los apóstoles llegaron a ser el Dios que actúa, es decir, Dios en funciones—16:6-10.

II. La santificación divina para la filiación divina es el centro de la economía divina y el pensamiento central de la revelación hallada en el Nuevo Testamento—Ef. 1:4-5:

- A. Él nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo para que seamos santos a fin de que lleguemos a ser Dios en naturaleza (v. 4); únicamente Dios es santo; para ser santos necesitamos que Dios en Su naturaleza santa sea impartido en nosotros, y esta naturaleza santa llega a ser el elemento santo con el cual el Espíritu Santo nos santifica (1 P. 1:15-16; 2 P. 1:4; He. 12:14).
- B. Él nos predestinó para filiación, incluso antes de que fuéramos creados, a fin de que lleguemos a ser Dios en vida (Ef. 1:5); para que lleguemos a ser hijos de Dios debemos nacer de Dios por medio de la impartición de la vida de Dios a nuestro ser (Jn. 1:12-13; 3:6; 1 Jn. 5:11-12):
 1. Efesios 1:4-5 revela que Dios nos escogió para que seamos santos con el propósito de que seamos hechos hijos de Dios; ser hechos santos es el proceso, el procedimiento, mientras que ser hijos de Dios es el objetivo, la meta, a fin de que todo nuestro ser, incluyendo nuestro cuerpo (Ro. 8:23), sea “hijificado” por Dios (Ap. 21:2, 9-11).
 2. Hebreos 2:10-11 revela que el Cristo resucitado como Capitán, Autor, de la salvación que Dios efectúa lleva muchos hijos a la gloria al santificarlos.

III. La santificación divina es el hilo que sostiene la realización de la economía divina para hijificarnos de manera divina, haciéndonos hijos de Dios a fin de que lleguemos a ser iguales a Dios en Su vida y en Su naturaleza (mas no en Su Deidad) de modo que seamos la expresión de Dios; por tanto, la obra santificadora de Dios es la hijificación divina:

- A. Afirmamos que la santificación es el hilo que sostiene porque cada paso de la obra de Dios con nosotros consiste en hacernos santos; la realización de la economía eterna de Dios es efectuada por la santificación del Espíritu—1 Ts. 5:23; Jn. 17:17; Ef. 5:26-27; 1 Co. 6:11; 12:3b; He. 12:4-14; Ro. 8:28-29; Ef. 4:30; 1 Ts. 5:19; Ap. 2:7a; Sal. 73:16-17, 25-26.
- B. La santificación que busca, la santificación inicial, es efectuada para arrepentimiento a fin de llevarnos de regreso a Dios—1 P. 1:2; Lc. 15:8-10, 17-21; Jn. 16:8-11.

- C. La santificación que redime, la santificación en cuanto a posición, es efectuada por la sangre de Cristo a fin de trasladarnos de Adán a Cristo—He. 13:12; 9:13-14; 10:29.
- D. La santificación que regenera, el comienzo de la santificación en cuanto a nuestra manera de ser, nos renueva desde nuestro espíritu a fin de hacer de nosotros, los pecadores, hijos de Dios: una nueva creación con la vida y naturaleza divinas—Jn. 1:12-13; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15.
- E. La santificación que renueva, la continuación de la santificación en cuanto a nuestra manera de ser, renueva nuestra alma a partir de nuestra mente hasta abarcar todas las partes de nuestra alma a fin de hacer nuestra alma parte de la nueva creación de Dios—Ro. 12:2b; 6:4; 7:6; Ef. 4:23; Ez. 36:26-27; 2 Co. 4:16-18.
- F. La santificación que transforma, la santificación diaria, nos reconstituye metabólicamente con el elemento de Cristo a fin de hacernos una nueva constitución que forma parte del Cuerpo orgánico de Cristo—1 Co. 3:12; 2 Co. 3:18.
- G. La santificación que conforma, la santificación que moldea, nos moldea a la imagen del Cristo glorioso a fin de hacernos la expresión de Cristo; nuestra conformación es nuestra madurez en la vida divina mediante la cual participamos en la divinidad de Dios en plenitud y somos consolidados en la posesión de Su elemento divino—Ro. 8:28-29; He. 6:1a.
- H. La santificación que glorifica, la santificación que nos lleva a la consumación, redime nuestro cuerpo al transfigurarlo a fin de hacernos la expresión de Cristo en plenitud y en gloria—Fil. 3:21; Ro. 8:23.

IV. La santificación divina y en cuanto a nuestra manera de ser es llevada a cabo por Cristo como Espíritu que vivifica, santifica y habla—1 Co. 15:45; 1 Ts. 5:23; Ef. 5:25-27; Cnt. 8:13-14:

- A. Cristo como Espíritu vivificante santifica la iglesia, purificándola conforme al lavamiento del agua en la palabra; según el concepto divino, aquí el agua se refiere a la vida de Dios que fluye, la cual es tipificada por el agua que fluye (Éx. 17:6; 1 Co. 10:4; Jn. 7:37-39; Ap. 7:17; 21:6; 22:1, 17); ahora estamos en tal proceso de lavamiento a fin de que la iglesia sea santa y sin defecto.
- B. La palabra griega traducida “lavamiento” en Efesios 5:26 literalmente significa “lavacro”; en el Antiguo Testamento los sacerdotes usaban el lavacro para lavarse de su contaminación terrenal (Éx. 30:18-21); día tras día, mañana y tarde, necesitamos acudir a la Biblia y ser purificados por el lavacro del agua en la palabra.
- C. Pablo usa la palabra griega *réma* cuando habla de la palabra con su proceso de lavamiento (Ef. 5:26); *lógos* es la Palabra de Dios relatada objetivamente en la Biblia; *réma* es la palabra de Dios hablada a nosotros en una ocasión específica (Mr. 14:72; Lc. 1:35-38; 5:5; 24:1-8).
- D. Como Espíritu vivificante, Cristo es el Espíritu que habla; todo lo que Él habla es la palabra que nos lava; esto no se refiere al *lógos* —la palabra constante—, sino a *réma*, que denota una palabra instantánea, es decir, la palabra que el Señor nos habla en la actualidad—Mt. 4:4; Jn. 6:63; Ap. 2:7; 22:17a; cfr. Is. 6:9-10; Mt. 13:14-15; Hch. 28:25-31.
- E. El *réma* nos revela algo de manera personal y directa; nos muestra aquello con lo cual necesitamos tomar medidas y aquello de lo cual necesitamos ser purificados (el lavacro de bronce era un espejo capaz de reflejar y poner al descubierto, Éx. 38:8); lo importante para cada uno de nosotros es esto: ¿Me está hablando Dios Su palabra hoy?—Ap. 2:7; 1 S. 3:1, 21; Am. 3:7.

- F. Algo que siempre valoramos es que el Señor todavía nos habla de manera personal y directa hoy en día; el verdadero crecimiento en vida depende de que recibamos la palabra directamente de parte de Dios; sólo Su hablar en nosotros tiene verdadero valor espiritual—He. 3:7-11, 15; 4:7; Sal. 95:7-8.
 - G. El punto central de nuestras oraciones debería ser nuestro anhelo por el hablar del Señor, lo cual nos capacita para cumplir la meta de Su economía eterna conforme al deseo de Su corazón, que es tener Su filiación divina—Lc. 1:38; 10:38-42; Ef. 1:5.
 - H. En un sentido muy práctico, la presencia del Señor es uno con Su hablar; siempre que Él habla, Su presencia es real para nosotros en nuestro interior; el hablar de Cristo es la presencia misma del Espíritu vivificante—cfr. Éx. 33:12-17; He. 11:8.
 - I. El hablar del Cristo que mora como Espíritu vivificante en nuestro interior es el agua que purifica, la cual deposita un elemento nuevo en nosotros para reemplazar el elemento viejo en nuestra naturaleza y manera de ser; esta purificación metabólica causa un cambio en vida genuino e interior, lo cual es la realidad de la santificación en cuanto a nuestra manera de ser y la realidad de la transformación.
- V. El hecho de que seamos santificados para la filiación divina finalmente llega a su consumación en la Nueva Jerusalén como ciudad santa (Ap. 21:2, 10) y la suma total de la filiación divina (v. 7); ésta es la máxima consumación del hecho de que Dios llegue a ser hombre en la carne para que el hombre llegue a ser Dios en el Espíritu a fin de obtener un gran Dios-hombre corporativo (vs. 3, 22) con miras a la expresión corporativa, la gloria, del Dios Triuno (vs. 11, 23).**